

# La organización social de los placeres corporales. Aportes de las ciencias sociales a la comprensión de las sexualidades

Ivonne Szasz\*

## **Resumen**

En este trabajo se describen de manera somera los postulados y características de dos enfoques de las ciencias sociales que han contribuido al campo de estudio de las sexualidades: la socio-demografía y la construcción social. Con relación a este último enfoque se argumenta sobre el aporte conceptual que vincula las relaciones de género y los procesos de estigmatización y discriminación basados en la sexualidad con mecanismos de reproducción de desigualdades sociales. Las ideas y discursos sobre las sexualidades se han transformado crecientemente en campos de debate social y de disputa política en América Latina, vinculándose con los debates sobre los Derechos Humanos y el ejercicio de ciudadanía como herramientas de transformación y de justicia social.

## **Abstract**

This work describes the premises and characteristics of two approaches in the Social Science field that have contributed to the study of sexuality: social demography and social development. Some people highlight the contributions of social development at the conceptual level, tying up gender relations and stigmatization with discrimination, especially those coming out of social inequalities, sexuality and reproduction. Human sexuality issues are important topics today, and have become matters of discussion in Latin America. They are often discussed within Human Rights debates and as mechanisms of transformation and social justice.

Abordar las sexualidades desde las ciencias sociales es relativamente reciente, pues se trata de un objeto de estudio surgido apenas en el siglo XIX, que adquirió cierta notoriedad en la segunda mitad del XX, junto con el desarrollo de los controles estatales sobre la dinámica demográfica y más tarde con los esfuerzos por comprender y detener la expansión de las epidemias

\* Maestra en Sociología por la UNAM y doctora en Ciencias Sociales (Población) por El Colegio de México, institución donde se desempeña como profesora e investigadora del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales. Nivel II del Sistema Nacional de Investigadores

del VIH/SIDA y de otras infecciones de transmisión sexual. Sin embargo, las bases epistemológicas y teórico-metodológicas del estudio de las sexualidades desde las ciencias sociales presentan al menos dos vertientes de desarrollo, muy divergentes entre sí.

Una de esas vertientes se refiere a lo que podríamos llamar "socio-demografía de la sexualidad", y ha consistido en el estudio de comportamientos individuales de grandes conjuntos de población con base en encuestas por muestreo. La segunda vertiente, que postula la idea de una diversidad de sexualidades socialmente construidas, surgió apenas a finales del siglo XX. Esta idea de sexualidades diversas y de construcciones históricas no se dirige al estudio de las conductas, sino a la comprensión de las culturas, entendidas como argumentos o discursos en disputa, y a las prácticas sociales ubicadas en contextos de significados. Comprender las prácticas sociales en torno a las sexualidades y sus significados requiere, para esta línea de las ciencias sociales, retomar su historicidad, sus dimensiones culturales y simbólicas y su carácter variable y relacional.

En este trabajo se exponen de manera breve los postulados y características de estos diversos acercamientos al campo de estudio de las sexualidades, así como algunas contribuciones conceptuales del enfoque sobre la construcción social: el vínculo entre relaciones de género y sexualidades, y los procesos de estigmatización y discriminación basados en la sexualidad como mecanismos de reproducción de desigualdades sociales.

### **La socio-demografía de la sexualidad**

La vertiente más tradicional de estudio de la sexualidad desde las ciencias sociales, que denominaremos en este trabajo "socio-demografía de la sexualidad", concibe la existencia de una "conducta" sexual, entendida como un comportamiento de los individuos basado en requerimientos biológicos (instintivos) o psíquicos (pulsiones) del cuerpo o de la mente humana, que tiene un carácter universal pero que está sujeto a variaciones según las reglas sociales, las normas y las visiones culturales. Se trata de enfoques que presuponen la existencia de individuos soberanos sin ambigüedades, ni contradicciones o fluctuaciones, quienes toman decisiones racionales sobre el cuerpo y sus placeres. Para estos enfoques los instintos —o las pulsiones— sexuales son fuerzas naturales poderosas que existen en oposición a la civilización y a la cultura, los cuales requieren controles individuales y sociales. Son fuerzas que responden a funcionamientos universales de los cuerpos biológicos, pero que varían entre hombres y mujeres según las edades y estado marital, siendo las conductas individuales y su variabilidad el objeto central de las investigaciones. Los individuos y los impulsos son previos al orden social (Gagnon y Parker, 1995:4; Weeks, 1998a:178).

Las bases conceptuales para esta forma de estudiar la sexualidad pro-

vienen del proyecto de la modernidad y del desarrollo de las disciplinas clínicas que trabajan con individuos desde mediados del siglo XIX. Se trata de disciplinas como la medicina, la psicología clínica, la psiquiatría, la sexología y, en cierta medida, el psicoanálisis. Éstas establecen las bases sobre el funcionamiento fisiológico adecuado de los cuerpos en materia sexual, que consideran lo referido a genitales, hormonas y respuestas corporales a los estímulos eróticos. Señalan patrones normativos sobre conductas sexuales apropiadas y conciben a los individuos como dotados de razonamientos coherentes que les permiten controlar y regular a voluntad los impulsos corporales o psíquicos (*Ibid.*:5; *Ibid.*).

Esta visión de las sexualidades fue adoptada por disciplinas que desarrollaron importantes instrumentales estadísticos para fines analíticos como la epidemiología y la demografía. Desde estas disciplinas, el objeto de estudio consiste en fenómenos observables o susceptibles de ser objetivados como las conductas individuales, los patrones normativos o las instituciones reguladoras de las conductas. En esta perspectiva analítica, la sexualidad ha sido estudiada principalmente como una suma de conductas individuales, las cuales se infieren de las respuestas a preguntas estandarizadas en cuestionarios precodificados. El análisis estadístico de la suma de respuestas individuales a esos cuestionarios permite registrar variaciones en las respuestas según sexo, edad, estado marital, indicadores socioeconómicos (escolaridad, estrato social, etnia), tipo de parejas sexuales y tipo de relaciones con las parejas sexuales (Bozon y Leridon, 1993:1244; Bozon, 1998:230).

Los aportes de estas investigaciones han permitido trazar un mapa de lo que las personas declaran cuando son interrogadas sobre sus comportamientos relacionados con la sexualidad en los países altamente industrializados y en muchos del llamado "mundo en desarrollo". En especial, permiten establecer la edad media en la que distintos subgrupos de población dicen haber iniciado sus "relaciones sexuales" (primer coito vaginal o penetración anal), el sexo de las personas con quienes señalan mantener contactos corporales, la frecuencia o periodicidad que declaran sobre esos encuentros, el tipo de relaciones que reconocen tener con sus parejas sexuales, las características socio-demográficas que apuntan sobre esas parejas, la gama de comportamientos desplegados y las declaraciones sobre el uso de anticonceptivos y condones. Más recientemente, las investigaciones han permitido establecer también las trayectorias sexuales declaradas por diferentes grupos de personas y comparar las variaciones entre países, regiones, sexos y grupos sociales en lo referente a la "biografía" sexual (Bozon, 1998:243).

Los resultados de este tipo de estudios sociales han sido sometidos a severos cuestionamientos epistemológicos, metodológicos y conceptuales (Lewontin, 1995; Gagnon y Parker, 1995; Vance, 1997; Weeks, 1998a). Sin embargo, constituyen un acercamiento interesante a las normatividades en materia de sexualidad. Las encuestas muestran que personas de distintos grupos de edad,

sexo, pertenencia étnica, estado conyugal, clase social y ubicación espacial manifiestan, de manera sistemática, respuestas semejantes entre sí y divergentes con las de otros grupos cuando son interrogadas respecto a sus actividades sexuales.

La semejanza-divergencia que más se manifiesta es la observada en las declaraciones de hombres y mujeres. En todos los contextos sociales investigados ellas indican de manera persistente que su vida sexual se reduce a las fronteras de la vida matrimonial y las edades de procreación, mientras que los varones señalan de modo constante la existencia de experiencias sexuales mucho más diversas y ajenas a los intercambios maritales y a la reproducción. En el caso de las mujeres, la gama de usos del cuerpo para fines de placer que manifiestan es muy restringida, poco variada y rutinaria: en tanto ellos expresan por lo regular una gama mucho más variada y frecuente de experiencias de búsqueda de sensaciones e intercambios corporales. Las afirmaciones sobre falta de consentimiento o abuso sobre sus cuerpos son siempre mucho mayores en las mujeres. Usar las capacidades eróticas del cuerpo para obtener a cambio alguna prestación material es mucho más reportado por el sexo femenino en condiciones de vulnerabilidad que por el masculino (Bozon y Leridon, 1993:1345; Michael *et al.*, 1995:134 y 223; Dixon-Müller, 1999:161).

Si bien se cuestiona la correspondencia entre lo que las personas dicen hacer y lo que hacen con sus cuerpos, y aun cuando la interpretación de los significados de las respuestas a un cuestionario estructurado suele ser mucho más compleja que las lecturas estadísticas y dicotómicas, estas semejanzas y diferencias sistemáticas entre lo que indican distintos grupos de personas constituyen un acercamiento posible a las culturas y las normas sobre los silencios y los discursos en materia de sexualidad.

La principal limitación de esta vertiente de los estudios sociales sobre las sexualidades reside, precisamente, en la idea de las conductas individuales y de los individuos soberanos que toman decisiones sobre sus cuerpos con base en la información que poseen. Esta idea supone que los actos sexuales tienen significados estables y universales, que hay una identidad y una transparencia entre actos y significados, y que éstos son aprehensibles de manera directa e inequívoca (Vance, 1997:118). Además, supone que las personas construyen identidades a partir de sus "conductas" sexuales o sus rasgos anatómicos, y que esas identidades son fijas y corresponden a las clasificaciones normativas establecidas por las disciplinas clínicas de los países occidentales en el siglo XIX (heterosexual, homosexual, bisexual, normal, desviado, hombres activos, mujeres pasivas, etcétera). En especial, supone la universalidad e inmutabilidad de dominios de saber que naturalizan patrones normativos sobre la heterosexualidad, la monogamia, el carácter compulsivo del deseo masculino y la ausencia de erotismo en las mujeres, los menores y las personas mayores, entre otros (Weeks, 1998a:178).

## El carácter social de las sexualidades

Los discursos críticos de las ciencias sociales que retoman el estudio de las sexualidades en los últimos años del siglo XX forman parte de una crisis más amplia de las ciencias sociales y de su apertura a los aportes de la filosofía y las humanidades, en especial de los estudios culturales, la historia de las mentalidades y la crítica literaria. Estos enfoques sociales críticos reciben diversas influencias teóricas, entre las cuales destacan vertientes del pensamiento feminista y visiones post-estructuralistas que retoman elementos del marxismo crítico y del psicoanálisis, así como influencias de los movimientos feministas, lésbicos, gay y queer (Vance, 1997:110; Weeks, 1998a:184 y 185; Aggleton y Parker, 2002:15). Tales enfoques ponen énfasis en el carácter socialmente construido de las sexualidades y de los sujetos.

La idea de construcción social remite al estudio de las variantes históricas y culturales que condicionan el surgimiento de atributos asignados a la sexualidad en un periodo y espacio particular, así como las diversas relaciones de poder que conforman las prácticas y las clasifican como normales o anormales, aceptables o inadecuadas. En esta visión, hablar de sexualidades es referirse a las creencias, relaciones e identidades social e históricamente construidas en torno al cuerpo y sus placeres (Weeks, 1998a:182).

Para estos enfoques, los planteamientos de Foucault (1989, 2002) sobre la construcción histórico-política de la sexualidad en las sociedades occidentales a partir de la modernidad han sido centrales. El pensamiento clásico sobre la sexualidad (que se podría ordenar desde Freud hasta Marcuse), si bien había avanzado en su desnaturalización y relevado la naturaleza psíquica de sus coordenadas y resoluciones, nunca cuestionó la existencia de la sexualidad como una entidad discernible y, de algún modo, universal. La novedad de la mirada de Foucault es que reconstruye la trama histórica que produce un dispositivo específico, llamado *sexualidad*, que reúne elementos que hasta el momento de su emergencia se encontraban dispersos o no necesariamente correspondían a un fondo único y verdadero. De este modo, se puede interceptar la sexualidad con el poder y con la producción de los sujetos, además de vincularla con una densa trama de relaciones políticas y económicas (Foucault, 1988, 1990).

Estos enfoques reconocen la historicidad y el carácter cultural de las prácticas, así como de las actitudes, las emociones, los términos y las categorías que se usan para nombrar y clasificar lo sexual. Toman en cuenta las relaciones de género, étnicas y de clase, y se centran en las culturas, las instancias de control social, las prácticas discursivas y las subjetividades. Para estas vertientes contemporáneas de las ciencias sociales, las relaciones, las culturas y los controles sociales no sólo influyen, sino constituyen el corazón mismo de las subjetividades, de las prácticas sexuales y sus signifi-

cados (Bozon y Leridon, 1993:1178; Gagnon y Parker, 1995:10; Vance, 1997:110; Weeks, 1998a; Amuchástegui, 2001:144).

Para esta línea de pensamiento sobre las sexualidades los actos sexuales fisiológicamente semejantes pueden tener significados sociales y subjetivos distintos, dependiendo de cómo sean definidos y entendidos en periodos históricos y culturas diferentes, y de su inserción en relaciones sociales disímiles. Los actos sexuales no llevan en sí un significado universal, y la relación entre actos y significados no es fija (Vance, 1997:110). Su interpretación es en extremo compleja, pues se trata de un objeto de estudio cargado de significados situados donde existe el peligro de que el observador proyecte su propio tiempo y su cultura en esa interpretación (*Ibid.*). Diferentes culturas proporcionan una amplia variedad de categorías, esquemas y etiquetas para conformar las experiencias sexuales. Estas construcciones organizan tanto los significados individuales y las subjetividades, como las experiencias colectivas, conformando identidades, definiciones, ideologías, moralidades y regulaciones sexuales. Para este discurso crítico de las ciencias sociales no existen los comportamientos individuales reedificados y des-contextualizados. Entender las sexualidades es un ejercicio profundo de comprensión de significados locales y de prácticas sociales. Se refiere a poblaciones y comunidades insertas en subculturas, desigualdades y diversidades sociales. El enfoque es necesariamente social y contextual, no es centrado en los individuos y sus "conductas". Las personas se consideran siempre insertas en culturas y en relaciones sociales. Las culturas se construyen en relaciones a través de experiencias y significados vividos de manera colectiva. Entienden que toda acción constituye una práctica social y es producida históricamente y en el marco de relaciones sociales. El objeto de estudio de esta vertiente son las prácticas sociales y sus significados. Se trata de prácticas que están empapadas de los contextos sociales y que a su vez los construyen (Gagnon y Parker, 1995:8; Vance, 1997:111; Weeks, 1998a:188).

En este enfoque de estudio de las sexualidades los contextos sociales no son sólo socioeconómicos, étnicos o generacionales, sino también históricos, culturales y discursivos. El contexto sitúa a los individuos en un entramado específico de recursos y capacidades construidos en las relaciones sociales que definen sus posibilidades de acción. A su vez, son en parte las relaciones entre actores sociales las que construyen estos contextos. Para interpretar las prácticas sexuales es necesario conocer a profundidad los contextos sociales, los significados sexuales, las culturas y las identidades en constante cambio (Weeks, 1998b:207; Aggleton y Parker, 2002:7).

Una característica central de este modelo del pensamiento social es su carácter reflexivo y crítico. Cuestiona la falsa identidad que se establece entre acciones y significados, y entre prácticas e identidades. Considera que todo discurso sobre sexualidad está cargado de valores e intereses. Toda forma de categorizar y clasificar es considerada problemática y debe ser some-

tida a escrutinio crítico, en particular las clasificaciones dicotómicas (*Ibid.*: 187; *Ibid.*).

Finalmente, para esta vertiente, las comprensiones y actividades sobre las sexualidades constituyen un campo de acción política, en tanto son espacios de acciones y reacciones en los cuales las relaciones de poder afectan de manera profunda las normas, las clasificaciones, los significados, las prácticas y las posibilidades de libertad y de ejercicio de derechos. Si bien hay grupos sociales dominantes que, a través del Estado, del mercado, de las instituciones religiosas y de las comunidades científicas, ejercen una influencia desproporcionada sobre los discursos relativos a las sexualidades, existen visiones contrastantes, resignificaciones y desafíos. Frente a los marcos de verdad y los dispositivos de control que producen definiciones normativas, y fomentan y administran las prácticas, existen grupos subordinados y discriminados que generan subculturas, discursos alternativos y mundos de significados en permanente recreación (Weeks, 1998a:191).

### **Género y sexualidad**

Entre los enfoques críticos de las ciencias sociales contemporáneas que transformaron las visiones sobre las sexualidades destaca el pensamiento feminista, en especial sus ideas sobre la construcción social de lo femenino, lo masculino y las relaciones de poder que mediatizan la autonomía decisoria de las personas respecto a los procesos que atañen a su corporalidad. Uno de los nudos centrales de la construcción del concepto de relaciones sociales de género y de simbolización de lo femenino y lo masculino en diferentes culturas se refiere a la apropiación y al manejo —por grupos o individuos que ejercen control o dominio— de las capacidades eróticas y reproductivas de las personas. Diversas formulaciones teóricas relativas a los conceptos sistema sexo-género, subordinación femenina y relaciones significantes de poder, otorgan un lugar central a la construcción social de dispositivos de control de los cuerpos, a la construcción de subjetividades e identidades que los encarnan y al conjunto de relaciones sociales y significados genéricos que construye cada orden social sobre lo erótico (Rubin, 1986:113, 115 y 117; De Barbieri, 1992:156; Scott, 1996:274).

Uno de esos dispositivos de control se refiere a la atribución de pasividad sexual a las construcciones sociales sobre lo femenino y actividad sexual sobre lo masculino (Rubin, 1986:117). En el caso de las sociedades de América Latina, Parker afirma que la comprensión de las sexualidades se relaciona más con una economía de los roles de género que con el valor simbólico de los deseos sexuales o de las identidades. Este sistema tradicional de creencias constituye una gramática cultural que continúa organizando importantes aspectos de la experiencia, aún en contextos muy urbanizados y a pesar del diálogo con los símbolos culturales y los significados sexuales

de un sistema mundial crecientemente globalizado (Parker, 1999:28). Este autor plantea que en el sistema tradicional de creencias de estas sociedades la comprensión de las interacciones sexuales es inseparable de las construcciones sociales de género. Las relaciones de poder que circunscriben al género son también las estructuras básicas que organizan la sexualidad.

En este modelo, el énfasis cultural no está puesto en las actividades sexuales, sino en la relación entre éstas y las construcciones culturales de género, en particular, en la distinción que se percibe entre *actividad* masculina y *pasividad* femenina (en cursivas en el original) como centro de la organización de la realidad sexual. Es en términos de esta distinción simbólica entre *actividad* y *pasividad* que se organizan las nociones de masculinidad y feminidad. No son producto de reflexiones conscientes, sino valores implícitos en los discursos de la cultura popular, codificados en el lenguaje de género que se usa corrientemente para hablar del cuerpo y las actividades sexuales (*Ibid.*:29). La estructura simbólica de *actividad* y *pasividad* que se usa para organizar las interacciones sexuales entre hombres y mujeres funciona también como modelo para la organización de los intercambios corporales entre personas del mismo sexo.

Un hombre que tiene relaciones sexuales con otro hombre no desafía su pertenencia de género en la medida en que actúe su rol masculino, percibido como activo, sea durante la actividad sexual o mediante la actuación pública de su hombría. En cambio, el hombre que adopta una postura femenina, pasiva, sea en el intercambio sexual o en la interacción social, desafía las normas de género, sacrificando su reconocimiento social como hombre. Pasa a ser sujeto de la mayor violencia simbólica, e incluso de la mayor violencia física presente en estas sociedades, constituyéndose en un constante objeto de vergüenza, estigmatización y discriminación, al mismo tiempo que refuerza simbólicamente los patrones normativos de masculinidad y feminidad (*Ibid.*:31).

Otra dimensión tiene que ver con las relaciones de poder. Weeks se refiere a la desvalorización del erotismo femenino presente en las construcciones occidentales sobre las sexualidades y al carácter sensible del campo de las sexualidades para remarcar relaciones de poder. El surgimiento de marcos de verdad sobre la sexualidad en la modernidad, a través de disciplinas científicas y de relaciones de poder relativas al orden de género contribuyeron a definir los significados y prácticas sexuales, estableciendo una distinción radical entre sexualidades femeninas y masculinas a partir de fines del siglo XIX, hasta que el sentido común dio por hecho que los términos marcaban una división real y natural entre las personas. Estos conceptos se reforzaron definiendo y enunciando la sexualidad en función de lo masculino y estableciendo vigilancia pública de la sexualidad no marital de las mujeres y no heterosexual de los varones (Weeks, 1998a:191). Estos marcos de verdad operan penetrando a las personas (a los individuos) y constituyéndolas como sujetos (Althusser, 1977), reforzando las prácticas de poder a través de complejas



redes de regulaciones sociales que organizan las relaciones de género, las familias, los parentescos y las desigualdades étnicas y de clase (Weeks, 1998a:181).

Las mujeres que desafían las regulaciones de género sobre el desempeño sexual adecuado para su sexo y su clase se exponen a procesos sociales de estigmatización y exclusión. El poder opera a través de mecanismos complejos y superpuestos, a veces contradictorios, que generan dominaciones y oposiciones, subordinaciones y resistencias (*Ibid.*:191). Entre esas complejidades destacan las contradicciones representadas por el hecho de que a pesar del papel de vanguardia que jugó el pensamiento feminista en los movimientos occidentales por una mayor libertad sexual, hay autores que consideran que la sexualidad femenina fue de nuevo moldeada por las necesidades de la organización social y los grupos dominantes. Señalan que la institucionalización compulsiva de la heterosexualidad como norma, la persistencia de la división sexual del trabajo y la responsabilidad emocional de las mujeres en las relaciones íntimas, fortalecieron el poder de género y la autoridad de esos grupos (Giddens, 1995; Weeks, 1998b:207).

En esta línea, Judith Butler (2001, 2002) indica que la operación que hace coincidir sexo con género, y la que deslinda al sexo como el elemento "natural" que permite la construcción del género, suponen una relación naturalizada con la heterosexualidad. La construcción performativa del género señala que los discursos que permiten la conformación de subjetividades y cuerpos genéricamente marcados se fundamentan en convenciones sociales que replican un discurso autoritario. De este modo, la convención social actúa como marco de verdad acerca del sexo, del género y del cuerpo. Un resultado de su funcionamiento es la norma heterosexual excluyente y rígida.

### **Estigmatización y discriminación basadas en categorías sexuales**

Algunas investigaciones contemporáneas sobre las sexualidades rescatan desarrollos conceptuales de las ciencias sociales que ponen énfasis en el análisis de la articulación entre cultura sexual, poder y dominación. En particular, rescatan el análisis de la producción cultural de diferencias y su uso en relaciones de poder y desigualdad. Proponen reconceptualizar los procesos de estigmatización y discriminación basados en la sexualidad dentro de las dinámicas de exclusión social del mundo contemporáneo, al que caracterizan por una rápida aceleración de la polarización entre las clases y por una profundización de los procesos de exclusión social que refuerzan las dinámicas de desigualdad preexistentes (Aggleton y Parker, 2002:13).

Estos desarrollos conceptuales aportan elementos para la comprensión de la producción y reproducción de las desigualdades sociales. Entienden la







- GAGNON, J. y R. PARKER (1995), "Conceiving Sexuality". en R. PARKER y J. GAGNON (editores), *Conceiving Sexuality. Approaches to Sex Research in a Postmodern World*. Nueva York/Londres, Routledge.
- GIDDENS, Anthony (1995). *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid. Cátedra.
- LEWONTIN, R. C. (1995), "Sex, Lies and Social Science", en *New York Review of Books*, Nueva York, núm. 7, 20 de abril.
- MICHAEL, R., J. GAGNON, E. LAUMAN y G. KOLATA (1995). *Sex in America. A Definitive Survey*, Boston, Massachussets, Warner Books.
- PARKER, R. (1999), *Beneath the Equator. Cultures of Desire. Male Homosexuality and Emerging Gay Communities in Brazil*, Nueva York/Londres, Routledge.
- RUBIN, G. (1986). "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". en *Nueva Antropología*, México, vol. VIII, núm. 30.
- SCOTT, J. (1996), "El género. Una categoría útil para el análisis histórico". en Martha LAMAS (compiladora), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México. Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM.
- VANCE, C. (1997). "La antropología redescubre la sexualidad. Un comentario teórico", en *Estudios Demográficos y Urbanos* 34 y 35, México, El Colegio de México, vol. 12, núm. 1 y 2.
- WEEKS, J. (1998a), "La construcción cultural de las sexualidades. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad?", en I. SZASZ y S. LERNER (compiladoras), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde las perspectivas de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México.
- \_\_\_\_\_ (1998b). "La construcción de las identidades genéricas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades", en I. SZASZ y S. LERNER (compiladoras), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde las perspectivas de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México.